

cuestión la conocieron bien sus sucesores, Calos V y, más aún, su hijo Felipe II que supo aprovecharlas a tope.

Bien conocido por sus estudios sobre la España de los siglos XV y XVI, en especial de sus monarcas, Fernández Álvarez bucea en este libro en la sociedad de aquellos tiempos —logros y fallos, luces y sombras—, con su muy personal y ameno estilo que para nada rebaja sino que, por el contrario, realza su cualidad de gran historiador. El presente trabajo vio la luz por primera vez en 1984 y recibió el Premio Nacional de Historia de España. Se trata, pues, de un viejo libro que hoy Espasa nos ofrece de nuevo con todas las renovaciones necesarias llevadas a cabo por su autor, un autor que sabe contraponer la valoración luminosa que le merece la cultura del Siglo de Oro, con las sombras que oscurecen la imagen excesivamente idílica de aquel tiempo.

Una vez más, a la hora de trabajar, don Manuel hace gala de su preferencia por las fuentes directas. Las crónicas y los textos de las grandes figuras de la intelectualidad de la época son sus puntos de referencia para después llevar a cabo sus propias interpretaciones, tan ricas y llenas de matices, que llegan a entusiasmar a muchos miles de lectores.

Fernando Álvarez de Toledo (1507-1582), tercer duque de Alba,

fue el general más famoso del imperio español, cuya potencia militar contribuyó a crear. En su reciente biografía, el hispanista británico Henry Kamen, especialista en los siglos XVI y XVII del imperio español, se acerca al personaje explicando los motivos que guiaron sus acciones sin limitarse simplemente a la condena, y nos descubre, a través de la abundante correspondencia de Alba con otros personajes de la época y con su propia familia, qué hay de verdad en la historia y la leyenda negra.

El tercer Gran Duque, se erige en la historia castellana como un personaje virtualmente único e indispensable. Kamen destaca este hecho como algo chocante y extraño ya que, curiosamente, Alba estuvo ausente de casi todos los acontecimientos célebres asociados con el uso de la fuerza militar. No estuvo en España durante la revuelta de los Comuneros (1520), ni durante la rebelión de los Moriscos de Granada (1569), tampoco estuvo en la batalla de San Quintín ni junto a Egmont en el campo de batalla, sino en Bruselas, junto al rey, ayudando con la administración y la logística. Aparte de un pequeño papel en las aventuras africanas y uno muy significativo en Mühlberg, su contribución militar se produjo enteramente en Italia, donde ganó su verdadera reputación de hombre severo.

«Normalmente se piensa en los militares famosos en tanto que vencedores de batallas –comenta su biógrafo–, pero Alba no pertenece a esa categoría». Además de un general, fue también un creador activo de España como potencia militar. Durante más de cuarenta años lideró las campañas de la Corona en la Península y en Europa, administró los suministros del ejército, coordinó los movimientos militares y navales, organizó los pagos y se relacionó muy directamente con sus subordinados. En su época fue el soldado español más famoso y sin embargo su reputación histórica ha sido, de manera uniforme, muy desfavorable. Casi olvidado en su propio país, fuera de él llegó a ser conocido como «el carnicero de Flandes», como un personaje ávido de sangre y responsable de la masacre de miles de hombres, mujeres y niños inocentes. Alba llegó a representar para sus coetáneos y para las generaciones siguientes el rostro inaceptable del imperialismo español. No sin razón, personificaron en él todos los aspectos del chovinismo hispano: arrogancia, agresión, complicidad con los asesinatos, brutalidad implacable. Tanto Isabel de Inglaterra como Guillermo de Orange le identificaron como el archidemonio. «En realidad –puntualiza Kamen–, todo lo que insinuaban sobre él tenía ciertos visos de ver-

dad, pero los dos eran culpables de los mismos pecados que le achacaban. Los tres, por ejemplo, creían en la estrategia del asesinato político».

La principal muestra de la «tiranía de Alba» fue la creación del Tribunal de los Tumultos, también conocido como Tribunal de la Sangre, órgano que no tenía entidad legal pero que se situó por encima de los tribunales institucionales normales. Todos los días y en todas las provincias que formaban los Países Bajos se arrestaba y encarcelaba a los sospechosos y se confiscaban sus propiedades. Entre los procesados había predicadores disidentes, iconoclastas, miembros de los grupos calvinistas y de la pequeña nobleza. Los miembros del mencionado Tribunal actuaron con vigor y juzgaron unos doce mil casos entre 1567 y 1573. Más de un millar de personas fueron ejecutadas y más de nueve mil fueron castigadas con la confiscación de parte de todas sus propiedades. «El régimen de Alba –escribe Kamen– había ejecutado en tres años a más personas que la Inquisición española en todo el reinado de Felipe II y, en ese mismo periodo, confiscó más libros heréticos que el Santo Oficio en toda su historia. Con una Inquisición a imagen de la española el duque podría haber sido más eficaz, pero raramente más brutal.

Durante muchos años, numerosos historiadores han procurado rehuir la figura de este personaje, hasta que en los comienzos del siglo XIX, una feroz corriente tradicionalista de Castilla se propuso rescatar la dañada reputación de Alba mediante el método de negarse a aceptar los hechos históricos o a entrar en detalles sobre cualquier periodo de su carrera. Los escritores tradicionalistas intentaron crear un mito del tercer gran duque ignorando la documentación disponible e inventando una imagen ficticia de un héroe bélico castellano que defendió valientemente Europa contra los musulmanes, los herejes y otros enemigos. «Esta fue la segunda muerte del duque —comenta el historiador inglés—. Alba se convirtió en herramienta de los polemistas castellanos, en una respuesta a la Leyenda Negra creada en torno a él en lugar de una figura histórica».

El hispanista británico concluye su estudio afirmando que Alba fue el paradigma del militar profesional, cuyo principal orgullo era que su padre y su abuelo habían conducido a su nación a la gloria. Su personaje estaba profundamente convencido de que sólo un soldado sabía como tomar las decisiones más relevantes y dar con las soluciones adecuadas. Por el contrario, a su juicio, los políticos lo estropeaban todo. En

la bien fundada opinión de Henry Kamen, hasta 1983, año de la publicación de la biografía del profesor William Maltby, no se había escrito una narración fidedigna y documentada de la vida del tercer duque. El presente estudio acepta la orientación del libro de Maltby pero se decanta por otra línea más divulgativa, menos erudita, que se dirige ante todo al lector no especializado.

El día de su muerte, el primero de octubre de 1578, el príncipe don Juan de Austria —«un héroe para un imperio»— no había cumplido los treinta y dos años. «¡Qué vida tan breve —exclama su biógrafo Bartolomé Bennassar— y, sin embargo, tan llena de contrastes, tan colmada de hazañas y desventuras, como si la fortuna se hubiese complacido en multiplicar en el mismo hombre las felicidades más inesperadas y las desgracias más crueles!».

Esta escueta y apasionante biografía que comentamos se lee como si fuera un libro de aventuras, o una novela con mucho argumento. La figura del hijo ilegítimo del emperador Carlos V significa a la vez el resurgir del héroe antiguo, del héroe griego, enfrentado a la fatalidad, a un destino trágico, y una anticipación del héroe romántico, del héroe desdichado, traicionado por la fortuna, víctima de la razón de Estado.

Bennassar comienza sus páginas con la muerte de don Juan y sus discutidas causas. Al analizar la causa final de la muerte del príncipe, tal vez no se da la importancia que merece a la almorrana, y apoya la hipótesis de Nestor Luján de que no se puso énfasis en la causa real de la muerte por considerarla humillante. Los funerales y el traslado del cadáver desde los Países Bajos a El Escorial son también el arranque del libro, con la descripción de las sucesivas ceremonias barrocas y escenografía casi fantasmagórica. Desde que don Juan de Austria fue sepultado en Namur hasta que sus restos fueron definitivamente enterrados debajo del altar mayor de la iglesia del monasterio de San Lorenzo el Real, pasaron ocho meses. La expedición –preparativos, recorrido, recibimiento, rituales– es todo un ceremonial surrealista. Hasta su llegada a El Escorial, ocho meses después de su fallecimiento, a don Juan no se le rindieron los honores ni se le dio el tratamiento reservado a los miembros de la familia real, conforme a las aspiraciones que él tuvo toda su vida desde el día en que se le reveló el secreto de su nacimiento. «Es decir –puntualiza su biógrafo–, que se le concedió de muerto lo que se le había negado de vivo».

Algo valioso y especialmente atractivo de este breve pero con-

tundente trabajo son las descripciones, vivas y coloristas, de los distintos ambientes sociales y las visiones de conjunto de los momentos cumbres como son, por ejemplo, la concentración y planes de campaña en la ciudad de Messina, la salida del puerto rumbo al Levante para aplastar a la Armada turca en la batalla de Lepanto, o el despliegue de las galeras con sus correspondientes gallardetes: verdes la escuadra capitaneada por Juan Andrea Doria, azules la de don Juan de Austria, amarillos la de los dos almirantes venecianos, blancos la de don Álvaro de Bazán. El historiador nos ofrece un alarde de colores y volúmenes, todo un escenario para los pintores de marinas y todo un disfrute para el lector.

Bartolomé Bannassar, uno de los mejores conocedores de la historia moderna de España, dibuja una apasionada y apasionante biografía de este hijo natural de Carlos V al que la fortuna sonrió y castigó por igual con duros reveses. El autor narra y analiza con maestría la vida acelerada del héroe de Lepanto –hazañas, amores, fracasos– y aporta nuevos datos que permiten comprender ese período turbulento y fascinante de la historia española y europea, así como las razones que convirtieron a don Juan de Austria en uno de nuestros mitos más duraderos.

Algo admirable que encontramos en esta original biografía es